

funda veneracion, y de aquel amor y respeto que los hijos bien nacidos y criados tienen á sus padres; pero si Pedro quedaba constituido por Jesucristo cabeza de la Iglesia y puesto al frente de todo el rebaño, tambien debia defender á la Iglesia y dar hasta la última gota de su sangre por el rebaño; y esto fué lo que le recordó aquí su divino Maestro en las siguientes palabras: En verdad, en verdad te digo, que cuando eras jóven te ceñias tú, é ibas adonde querias; mas cuando fueres anciano, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras.

Habia preguntado el Señor á san Pedro hasta tres veces si le amaba, no porque desconfiase de su amor, sino para reparar con tres confesiones sus tres negaciones; para disponerle á tomar sobre sí el peso inmenso de cuidar de todo su rebaño, y para hacerle entender que debia amarle hasta la muerte, á la que le llevarian, no la enfermedad, sino los verdugos. Esta profecía, léjos de afligir á san Pedro, solo hizo que suspirase en adelante por el honor de verla cumplida muriendo en una cruz, no cabeza arriba, cómo su divino Maestro, sino cabeza abajo, como lo pidió su humildad.

Pregunta Pedro á Jesucristo sobre el destino de Juan.

Jesucristo, despues de poner á Pedro al frente de su Iglesia, le dijo: Sígueme; pero volviéndose Pedro, vió que tambien le seguia aquel otro discípulo á quien amaba el Señor, y que en la noche de la Cena estuvo recostado sobre su pecho, y le preguntó, quién era el que le habia de entregar. Sabia Pedro la ternura con que el Señor amaba á este privilegiado discípulo, y se determinó á preguntarle: Señor, y este ¿qué? Como si dijera: me habeis mandado que os siga, ¿y vendrá este conmigo? El Señor no juzgó conveniente satisfacer una curiosidad de su apóstol, aunque fuese motivada por el deseo de que

le acompañase su amado Juan, y contestó: Así quiero que él quede hasta que yo venga; ¿qué te va á ti? tú sígueme. Y luego se corrió la voz entre los hermanos de que aquel discípulo no moriria; y no dijo Jesus á Pedro que no moriria, sino que así queria que quedase hasta que Él viniese. Jesucristo habia prometido en el tiempo de su vida mortal á los dos hermanos Santiago y Juan que beberian el cáliz (de amargura) que Él habia de beber. No queria el Señor revocar esta promesa, privándoles del grande honor de beber su mismo cáliz, y solo intentaba anunciar que Pedro le beberia antes que Juan.

Último siglo de la sinagoga y último siglo del mundo.

Los apóstoles reconocian dos venidas de su divino Maestro. Una cercana y dirigida á destruir, por medio de los Romanos, á los obstinados defensores de un culto abolido por la venida del Mesías y por el cumplimiento de las profecías; y otra distante ordenada á condenar al fin del mundo á todos los malos, y á premiar á todos los buenos. Los apóstoles y discípulos del Señor juzgaron que Juan permaneceria hasta el fin del mundo, que era la segunda venida, y Jesucristo solo hablaba de la primera, y queria decir: que permaneceria hasta la consumacion del siglo, no del siglo del mundo, sino del siglo de la sinagoga, que debia acabar con su Jerusalem y su templo, y así se verificó; porque san Pedro murió como cinco años antes de ser destruida Jerusalem y el templo por los Romanos; y san Juan como treinta despues de esta destruccion, que acabó con el siglo de la sinagoga, su Jerusalem, su templo y su culto.

Aparicion de Jesucristo á los once apóstoles y mas de quinientos discípulos.

Estos notables modos de pensar, acerca de la vida del discípulo amado, se disiparon luego que la luz celestial fué comunicada á los apóstoles por el Espíritu Santo, cuando vino sobre ellos. Con la manifestacion de la predileccion que Jesucristo profesaba á este discípulo, se concluyó esta aparicion, en la que el Señor habia constituido á san Pedro cabeza de la Iglesia y su Vicario en la tierra. Estaban los apóstoles y discípulos en la Galilea, en cuyo mar se habia verificado la pesca milagrosa, y en aquella provincia quiso dejarse ver el Señor de los once apóstolos y de mas de quinientos hermanos ó discípulos. Ninguna circunstancia nos dicen los Evangelistas de esta aparicion mas que el crecido número de discípulos á quienes se apareció, porque el Padre eterno, segun se puede conjeturar de su profundísima y altísima providencia, quiso multiplicar los testigos de la gloriosa Resurreccion de su santísimo Hijo; de esta verdad tan superior á la razon humana, que jamás habia tenido ejemplo en el mundo; pues, aunque habian sido resucitados algunos muertos en el discurso de los siglos, nunca se vió que algun muerto se resucitase á sí mismo.

Aparicion á Santiago y otras que no se expresan.

Despues de esta aparicion, se se siguió otra á Santiago el Menor, hijo de Cleofás, por otro nombre Alfeo, y uno de los apóstolos. Tampoco se dice circunstancia alguna de esta aparicion, y con ella se concluyeron las particulares de Jesucristo, excepto la del día de su triunfante Ascension á los cielos, de la que hablaremos á su tiempo; pero es necesario tener presente que hubo otras muchas

apariciones, que solo se nos han anunciado en términos generales, como lo vemos en los *Hechos apostólicos*. He hablado, dice san Lucas escribiendo á Teófilo, en mi primer sermón (mi Evangelio) de todas las cosas que comenzó Jesus á hacer y enseñar hasta el día en que fué llevado, despues de haber instruido por el Espíritu Santo á los apóstoles que habia elegido, á los cuales se mostró tambien vivo en muchas pruebas (apariciones), hablándoles del reino de Dios.

Aparicion á la santísima Virgen.

Nos resta hablar de una aparicion la mas tierna, la mas amable, la mas frecuente y la mas interesante, que fué la del benditísimo Hijo á su benditísima Madre. No se puede dudar por un alma cristiana sin una manifiesta impiedad, que la santísima Virgen fué la primera á quien se presentó su santísimo Hijo resucitado. Si la Magdalena mereció por su amor ser el primer testigo de la resurreccion de Jesucristo, ¡qué no mereceria por su amor la Madre del divino Amor! María santísima no solo fué la primera criatura del mundo á quien se presentó Jesucristo resucitado, sino que fué visitada continuamente de su santísimo Hijo en los cuarenta días que estuvo en la tierra desde su gloriosa Resurreccion hasta su triunfante Ascension á los cielos. Se presentaba este amantísimo Hijo á su amantísima Madre, y la daba los testimonios mas tiernos de su divino amor, para hacerla en la tierra tan dichosa, cuanto podia serlo antes de entrar á reinar con Él en el cielo. Pensar de otro modo es rebajar el amor del Hijo y la felicidad de la Madre, y si un estado de tanta felicidad no se manifestaba, era porque el divino Hijo le concedia á su querida Madre, no para que sirviese, como las apariciones hechas á los apóstoles, discípulos y mujeres, de prueba de su Resurreccion, sino para hacerla dichosa.

Aparición á los apóstoles y discípulos en el Cenáculo.

Pero la obra de la salvacion del género humano se adelantaba y tocaba en su fin; y cuando el Señor la consideró concluida por su parte y que solo faltaba que el Espíritu Santo viniese sobre ella, trató de volverse á los cielos, de donde habia venido, y enviar este soberano Paráclito, ó Espíritu consolador, como lo tenia prometido, y quedarse reinando para siempre á la diestra de su eterno Padre. Para esto ordenó á sus apóstoles y discípulos que se hallasen en Jerusalem el día cuarenta de su Resurreccion. Ellos lo hicieron como lo ordenaba su divino Maestro, y cuando en la mañana de aquel día se hallaban reunidos en el Cenáculo, se les apareció, les dió la paz, comió por última vez con ellos, y estando comiendo, les dijo: Voy á enviar sobre vosotros al Prometido de mi Padre. Vosotros estáis en la ciudad hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto. Esperad en ella la promesa del Padre que oísteis de mi boca; porque Juan, en verdad, bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo no mucho despues de estos dias. Entonces los que se hallaban congregados le preguntaban, diciendo: Señor, ¿ si restituiréis en este tiempo el reino de Israel? Aun continuaban prevenidos de sus terrenas esperanzas acerca del restablecimiento del reino temporal de Israel, y no se desprendieron de ellas hasta que fueron alumbrados por el Espíritu Santo el día de su venida. No os toca á vosotros, les dijo el Señor, saber los tiempos ni los momentos que el Padre puso en su potestad; pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y entonces me seréis testigos (de todo) en Jerusalem, en la Judea y Samaria y hasta en lo último de la tierra. Concluido este último encargo, salió con ellos del Cenáculo, y se dirigió por Betania al Monte Olivete, que llamaban Monte ínclito y *Monte santo*; á aquel monte

famoso por su frondosidad, altura y hermosura; mas famoso por el memorable huerto que habia en su ladera, en el que sudó sangre el Señor, y donde fué preso para ser crucificado, y que iba á hacerse mas famoso desde este dia por su Ascension desde él á los cielos. Acompañado, pues, el Señor de su santísima Madre, rodeado de sus apóstoles y seguido de sus discípulos hasta el número de ciento y veinte, salió de Jerusalem cerca de las doce del juéves, que era el cuarenta de su Resurreccion; y formando una procesion la mas santa del mundo, porque la presidia el Hijo de Dios, y la adornaban su santísima Madre y los once Principes de la Iglesia, caminaron al Monte Olivete, adonde llegaron á las doce, hora señalada por el Señor para subir á los cielos.

Ascension del Señor á los cielos.

En este momento levanta sus manos divinas, les bendice, y bendiciéndoles comienza á elevarse delante de ellos. Le veian subir con un movimiento majestuoso y pausado, á fin de que todos quedasen bien convencidos de su triunfante Ascension; así como lo estaban de su gloriosa Resurreccion por las frecuentes apariciones y comunicaciones que en los cuarenta dias tuvo con ellos. Al verle elevarse, todos se arrodillan, le adoran, y clavados en Él sus ojos, le siguen hasta que una hermosa y resplandeciente nube, poniéndose bajo de sus divinos piés, comienza á ocultarle. Era esta nube al principio como un velo trasparente para no privarles de su vista de repente, pero se fué condensando hasta que le ocultó enteramente. Entonces el divino Triunfador del infierno penetró en un momento por todos los cielos y fué á sentarse á la diestra de Dios su eterno Padre.

¡Qué espectáculo para unas almas que le aman tiernamente! ¡Y sobre todo para la santísima Virgen, que ve al Hijo de sus entrañas subir triunfante á los cielos!



¡Qué encuentro de sentimientos para esta amabilísima compañía! La ausencia del Señor pedía lágrimas de pena, y su gloria las pedía de alegría. Suspensos entre estos dos poderosos afectos, ni pueden hablar, ni aciertan á separarse del lugar desde donde le han adorado. Poseídos de un género de éxtasis, solo se ocupan en mirar el camino por donde se les ha subido y ausentado su Amado; y en dirigir sus bendiciones y sus alabanzas al Triunfador del pecado y de la muerte.

Permanecian inmóviles mirando al cielo, aunque habia ya bastante tiempo que la nube le habia ocultado á sus ojos, y no es fácil conjeturar cuál habria sido el término de su enajenamiento, si dos ángeles, vestidos de blanco, y bajo la forma de figuras humanas, no se hubieran presentado y les hubieran hecho volver en sí mismos, diciéndoles: Varones de Galilea, ¿porqué estais mirando al cielo? Este Jesus que habeis visto subir al cielo, así vendrá (á juzgar al mundo) como le habeis visto subir al cielo; entonces, adorándole, se volvieron á Jerusalem con grande gozo, y habiendo entrado en el Cenáculo, subieron á la parte superior y allí permanecieron Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, y Simon, el celoso, y Judas (hermano de Santiago el Menor). Todos estos perseveraban unánimes en la oracion con las mujeres y con los que se llamaban parientes del Señor, y tambien con Maria, Madre del Señor, á la que cuida de nombrar separadamente el sagrado Evangelista por causa de su dignidad incomparable. Allí esperaban al divino Parácleto, ó Espíritu consolador, en continua oracion, que no interrumpian sino para hacerla en el templo, en donde estaban siempre, dice san Lucas, alabando y bendiciendo á Dios.

Amen.

Aquí concluyó este escritor sagrado el Libro divino de su Evangelio, dándonos en seguida otro libro divino con el título de *Hechos de los Apóstoles*, que es el siguiente:

pero antes de principiar su compendio, es indispensable copiar las palabras con que cierra san Juan su Evangelio, porque son aquí muy considerables. *Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesus*, dice este sagrado Evangelista al concluir, *las cuales, si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrian los libros que habrian de escribirse.*

Amen.

